

“SER MISERICORDIOSOS PARA ALCANZAR MISERICORDIA”

Retiro Espiritual de Cuaresma

(I)

Comenzamos este Retiro de cuaresma pidiendo al Señor y a nuestra Madre que nos ayude a aprovechar este tiempo de Gracia, este tiempo en el que acompañamos a Nuestro Señor en sus 40 días en el desierto, tiempo también en el que nos preparamos para la gran celebración pascual luego de la Pasión y Muerte de Jesús.

Cuánto bien nos hace meditar la Pasión. San Bernardo decía que debíamos dedicar, todos los días, al menos una hora a meditar los sufrimientos de Jesús. Quizá no tengamos tanto tiempo, pero al menos unos minutos para pensar en aquello que es un gran bien: la muerte del Señor por amor a cada uno de nosotros.

San Francisco de Asís una vez preguntándole al Señor cómo llegar a ser bueno, cómo agradecerle, cómo vivir mejor, cómo alcanzar la santidad, en definitiva, tomó un libro, lo abrió al azar como buscando una respuesta y leyó: *Passio Domini Nostri Iesu Christi*. La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Lo cerró y volvió a abrir... en el mismo lugar, lo que sucedió también a la tercera vez. Por eso san Francisco llegó a ser un gran santo.

El Papa Francisco nos pide tanto para este tiempo de cuaresma como en la Bula que escribió convocando al Año de la Misericordia, que nos enfoquemos, precisamente en eso: la misericordia. Por eso quería dedicar esta primera charla a la misericordia en sí misma, para después aplicarla sobre todo a Dios y luego cómo también nosotros tenemos que vivir esa misericordia.

Misericordia es una palabra compuesta por otras dos palabritas latinas: *miser* y *cor*, *cor miserum*, un corazón afligido por el mal que sufre otra persona y no solo eso, sino un corazón que se angustia por el mal de otro como si fuera personal y que busca también el remedio. Si no buscamos hacer algo por el que sufre, por el que está pasando un mal momento, entonces no somos realmente misericordiosos.

El misericordioso por excelencia es Dios y ¿por qué?, porque Dios es el que tiene el poder para sacarnos de todos nuestros males, para ayudarnos a salir libres de nuestras angustias, darnos esperanzas para el futuro y sobre todo para la eternidad.

Como nadie tiene poder para Dios y nadie tiene amor como Dios, entonces nadie tiene misericordia como Dios. Entonces podríamos decir que Dios tiene todo el poder para ayudar al afligido o auxiliar al pecador, puntualmente, pero... ¿y el corazón que sufre, el corazón afligido, dónde queda?

Era difícil pensar en esto antes de la Encarnación pero con Jesucristo queda todo respondido. Dios se ha hecho hombre, ha tomado la condición humana y experimentado nuestras miserias, entonces no es solo que Él puede ayudarnos con el dolor, sino que Él lo vive, lo sufrió en Su vida, lo sufrió en la Cruz y, como dicen los santos que han tenido un contacto tan cercano con Cristo, lo sufre también ahora.

El Papa Francisco cita a santo Tomás de Aquino en la Bula de la Misericordia, cuando dice: donde más muestra Dios su poder, su omnipotencia, es en la misericordia y ha esto hay que darle muchas vueltas, meditarlo, porque es allí, en la misericordia, donde Dios nos libra del peor mal, del mal más grande, como es el pecar.

Dios puede curarnos de cualquier enfermedad, librarnos de cualquier mal, porque su poder es total pero donde más necesitamos su misericordia, donde más necesitamos que nos ayude, que muestre su poder, es en el peor mal que nos aflige porque nos daña y daña a nuestros hermanos y es en el pecado.

El santo Cura de Ars decía: siuviésemos fe y viésemos un alma en pecado mortal, moriríamos de terror. Y el Catecismo de la Iglesia Católica dice que nada hay peor para el pecador, para la sociedad, para la Iglesia, que el pecado.

Por eso, cuando escuchemos este año y lo meditemos -ojalá que así sea- hablar de la gran misericordia de Dios, de la importancia, de la gran esperanza que debemos tener en la misericordia de Dios nosotros pecadores, tenemos que unir a eso que realmente muy grave tiene que ser el pecado: de ahí viene la misericordia de Dios,

Y no solamente esto lo decimos en un plano intelectual, teológico... basta mirar la Cruz de Jesús, verlo crucificado, herido, humillado, desangrado... por nuestros pecados, para entender que el pecado no es un juego, no es algo “así nomás”, que el pecado es algo serio, algo que nos puede hacer perder la Eternidad y algo que nos valió la Sangre de un dios Encarnado.

Misericordia y pecado, son dos verdades que se retroalimentan, el claro y el oscuro de una misma verdad, de un dios que me quiere salvar y que necesita de mi cooperación para esa salvación. Es cierto, yo no me puedo salvar a mí mismo, pero tengo que cooperar a esa Gracia que me da Dios para salvarme.

El Papa también habla, por supuesto, de la conversión, necesitamos volver al Señor, Él mismo nos da la Gracia para que volvamos, pero yo tengo que cooperar con esa Gracia. La misericordia no es algo que me va a llegar si yo no quiero que me llegue. Necesito el perdón pero debo pedirlo, necesito arrepentirme, necesito convertirme.

Se pueden meditar con mucho fruto estos días de Cuaresma los textos de Lucas 15, o algunos de los del antiguo Testamento que el Papa propone en la Bula de Misericordia para este año. Como sea, meditar la misericordia de Nuestro Señor y comprender su grandeza, es el gran fruto que tenemos que alcanzar en esta Cuaresma.

Ver cómo el Señor nos ama, ver cómo el Señor se ha acercado a nosotros, ver cómo su misericordia es infinita como nos lo muestra tantas veces el Antiguo Testamento; ver cómo, en definitiva, no hay pecado que no pueda ser perdonado.

Pensemos en el pecado más terrible que se nos pueda ocurrir, pensemos en algo muy feo. Se relata esta anécdota de san Luis Orione:

En su prédica un día, sobre la misericordia, como ejemplo, dijo que si un hombre hubiera cometido el crimen de matar a la madre echándole veneno en la comida, a pesar de ello, la misericordia de Dios siempre esperaría su arrepentimiento y la confesión de su culpa, dándole después el perdón y la paz.

Terminada la prédica Don Orione estuvo confesando hasta pasada la medianoche. El cura Párroco lo invitó a quedarse a dormir en la casa parroquial tratando de disuadirlo de enfrentar una noche tan cruda. Pero el religioso tenía presente su propósito de neo-sacerdote de elegir siempre el mayor sacrificio: resolvió volver a Tortona, donde a primera hora del día siguiente debía celebrar una Misa. A la 1 de la mañana Don Orione tomó el camino hacia Tortona. Estaba acostumbrado a recorrer los 10kms a pie.

A poca distancia del pueblo había un puente iluminado por el vago resplandor de la nieve sobre el que se divisaba a un encapullado que parecía esperarlo.

“¿Qué poco previsor he sido –pensó–, seguramente este sujeto a calculado que debo llevar dinero, ya que es costumbre entregar a los predicadores algunas sumas para las intenciones de las Misas. Nada me hubiera costado evitar el incidente, aceptando la compañía que me habían ofrecido”.

Encomendándose a Dios, siguió su camino. Como era de esperarse la persona se le acercó y lo interpeló preguntándole si era el padre que había predicado en el pueblo vecino. Don Orione respondió afirmativamente.

- *Y usted... ¿cree en lo que ha dicho?*
- *Sí, -contestó el sacerdote-, le puedo asegurar que creo en todo lo que he dicho, ya que, de no ser así, no sería predicador de verdad.*
- *¿Cómo sabe lo del veneno?*

Don Orione dedujo que aquel ejemplo que él había creído supuesto, respondía a una terrible realidad. Tenía ante sí al matricida. Al mismo tiempo, comprendió que el hombre también era un posible penitente y, ante la idea de ganar aquella alma atormentada, su celo apostólico se encendió.

El hombre –una persona de bastante edad– no había podido descansar desde el crimen. Desde entonces veía un reproche en cada persona, pensaba que todos –por malvados que fueran- al menos tendrían el amor de la madre y no podía encontrar niños y mujeres sin recordar a su víctima. Había llegado a la decisión de terminar su triste carrera poniendo fin a sus días, cuando al ver una iglesia iluminada había decidido oír “qué dicen los curas”. Dentro del lugar, el ambiente tímido y tenue iluminación habían empezado a obrar sobre sus sentidos exasperados por el frío de la noche, cuando oyó cómo el sacerdote describía con vivos colores el crimen cuyas huellas creía haber borrado por completo.

Junto a un trineo en la nieve, el hombre confesó todas sus culpas.

“...Su arrodilló y se confesó llorando y le di la absolución; luego se levantó y me abrazó, siempre llorando, y no quería separarse de mí.

También yo lloraba. Lo besé en la frente y mis lágrimas se confundían con las suyas. Quiso acompañarme hasta Tortona, y sólo antes mi insistencia dio la vuelta. Yo continué mi camino con una gran consolación, con una alegría en el corazón que nunca había experimentado en mi vida.

No supe nada más de él. Llegué a Tortona todo mojado, me quité los zapatos, me arrojé en la cama y soñé. ¿Qué soñé? Soñé con el corazón de Jesucristo, sentí el corazón de Dios, ¡Qué grande es la misericordia de Dios!

Una sola gota de la Sangre de Jesucristo vale más que todos los pecados del mundo juntos. Qué grande es Dios, qué grande es su misericordia para con nosotros. Qué grande es que quiere mostrarnos su compasión, su misericordia y darnos su perdón.

El Papa insiste en que este año no solo consideremos la misericordia de Dios sino que nosotros mismos hagamos obras de misericordia. Durante todo el año, pero especialmente en los tiempos fuertes que son Adviento y Cuaresma, hay que hacer obras de misericordia, la caridad con los demás, en general, hay que rezar más y un poco de penitencia, hacer algún sacrificio que se pueda.

Bueno, el Papa ha querido que, sin dejar las otras dos cosas, nos enfoquemos en las obras de misericordia que, como ustedes saben, pueden ser corporales y espirituales. No voy a citarlas ahora a todas, simplemente hacer incapié en que el Señor dice en el Evangelio y más de una vez, que si que queremos alcanzar misericordia, tenemos que ser misericordiosos, ayudar a los demás.

Como dice el Papa, en el pobre, en el que sufre, está el mismo Jesús y estas son ocasiones que no debemos dejar pasar.

Me ha tocado por gracia de dios, desde hace un año y medio, vivir en un Hogar de niños discapacitados o con capacidades distintas, como se dice ahora... con problemas mentales. Y uno puede ver cómo ayuda esto especialmente a uno, a estar más cerca de Cristo, el estar más cerca de ellos es estar más cerca de Jesucristo.

Por otra parte, uno ve a la gente que se acerca a ayudarlos con su tiempo, con su dinero, con su afecto, con sus regalos, con su oración... con lo que sea... qué bien les hace espiritualmente! Y uno puede llegar a entender qué misión tan importante tienen estos niños en el mundo. Se lo decimos a ellos, que son irremplazables, que el lugar que ocupan en el mundo no lo puede ocupar nadie; se lo decimos convencidos porque sabemos que son una oportunidad grande que Dios pone en nuestro camino para hacer misericordia, para obrar misericordia y así también nosotros obtener misericordia de parte de Dios.

El Señor dirá: Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia; qué hermoso, qué gran posibilidad tenemos de alcanzar misericordia de parte de Dios siendo también nosotros misericordiosos con los que sufren en el alma o en el cuerpo. Decir la verdad, dar un consejo... son también obras de misericordia espirituales, se acordarán...

Quería también destacar para terminar, que la misericordia que tenemos que tener con los demás, debe ser lo más sobrenatural posible, lo más parecida a la que tenían los santos. Podemos tratar con misericordia a una persona, tratarla bien, porque sencillamente el corazón nos llama a eso... está muy bien... o porque nos cae bien, le tenemos un afecto especial... está muy bien, pero estamos llamados nosotros, católicos cristianos y todo el mundo en definitiva, a dar un paso más, a amar sobrenaturalmente, a ver a Cristo en el otro, a verlo en ese “pedacito” de Dios por

decirlo de alguna manera, al que tenemos al frente, porque Cristo dijo que lo que le hacemos al más pequeño, a Él mismo se lo hacemos. ¡Qué grandeza es poder ver a Cristo en los hermanos!

El P. Hurtado tuvo la Gracia de ver el rostro de Cristo en forma real cuando se cruzó con un pobre, una noche lluviosa, enfermo, todo mojado, y le dio su abrigo; entonces dios le concedió la gracia de mostrarle sus ojos en los de aquel mendigo. Este santo que ya llevaba años de una vida de piedad sólida, sio, sin embargo, un vuelco en su vida a partir de aquel acontecimiento sobrenatural y fundó aquí, en Chile, en este país en el que estamos, el llamado Hogar de Cristo; al final de sus días, aún estaba pensando en escribir un libro titulado: El pobre es cristo, algo que repetía constantemente.

El pobre es Cristo, ese es el motivo, no importa si ese pobre e amable de pos sí, si me cae bien, si me trata bien, si se lo merece... no importa, Cristo se merece todo eso y a Cristo veo en ese pobre, o en el que sufre, o en mi hermano... en el que me rodea.

Quiero terminar leyendo unas palabras de la Madre Teresa de Calcuta que el padre Edward Le Joly, en su libro sobre la Madre Teresa de Calcuta, relata el momento en que obtuvo el permiso de la beata para escribirlo y las palabras pronunciadas por ella. Cierta vez le pidió a la Madre autorización para escribir una biografía de ella y de las Misioneras de la Caridad; la Madre le respondió:

“Está bien. Escríbalo. Usted nos conoce bien, ha estado con nosotras desde el principio. Tenemos las mismas ideas... Conoce nuestras Constituciones, pero sobre todo, diga a la gente lo que nos lleva a hacer lo que hacemos. Dígales –añadió la Madre, y su tono se hizo apasionado, suplicante, elocuente- que no estamos aquí por lo que hacemos, sino por Jesús- todo lo que hacemos lo hacemos por Él. Somos, sobre todo, religiosas, no asistentes sociales, maestras, enfermeras o doctoras. Somos monjas. Servimos a Jesús en los pobres. Es a Él a quien cuidamos, visitamos, vestimos, alimentamos y confortamos cuando atendemos a los pobres, aa los desheredados, a los enfermos, a los huérfanos, a los moribundos... Todo, todo lo que hacemos – nuestra oración, nuestro trabajo, nuestro sufrimiento – es por Jesús. Nuestra vida no tiene otra razón de ser, otra motivación. Es algo que mucha gente no entiende. Servimos a Jesucristo las veinticuatro horas del día, todo lo que hacemos es por Él y para Él. Y Él nos da la fuerza necesaria para hacerlo. Pero siempre el Señor es lo primero ... Cuando alguien visita esta casa, le llevo antes que nada a la capilla, par que rece, y le digo: “Vamos a saludar en primer lugar al Dueño de la casa ... A Jesús, que está aquí, y es por quien trabajamos y a quien estamos consagradas. A Él, que es quien nos da la fortaleza necesaria para llevar la vida que llevamos y vivir con alegría. Sin Él no podríamos hacer lo que hacemos, y menos a lo largo de toda una vida. Un año, dos, tres, quizá, pero no siempre, sin pensar en la recompensa, sin esperar otra cosa que padecer con Él, que nos amó tanto que entregó su vida por nosotros. Sin Jesús, nuestra vida sería incomprensible, no tendría sentido. Sólo Él puede explicarla...”¹

¹ Le Joly, Edward, La Madre Teresa, “Lo hacemos por Jesús.”, Ediciones Palabra, Madrid, 6º ed., 1996, pp.

Retiro Espiritual de Cuaresma: “El Dios de la Misericordia”

P. Gustavo Lombardo, IVE

Qué hermoso sería poder decir lo mismo de nuestra vida, qué hermoso poder decir que nuestra vida no tiene sentido sin Jesucristo.

Le vamos a pedir a Nuestra Madre que nos ayude a poder vivir esas dos realidades de la misericordia, esas dos verdades que encierra la misericordia: un Dios misericordioso hasta lo imposible que nos pide también a nosotros tener misericordia con los demás.

A Ella, la Madre de la Misericordia, nos encomendamos.